

abrigar siquiera esa ilusión. Vive maldito y derrotado para siempre: pero Dios, en sus inescrutables designios, le permite aún que tiende a los hombres, para hacer de él un elemento de nuestra prueba; y él anda rondando buscando a quién morder<sup>(32)</sup>.

Es el mismo aviso de San Pedro: "Vuestro enemigo anda rondando como león rugiente alrededor vuestro, en busca de presa"<sup>(33)</sup>.

Corresponde a la advertencia de San Pablo, de que "debemos luchar, no contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potentados, contra los adalides de las tinieblas, contra los espíritus malignos"<sup>(34)</sup>.

Es la experiencia de los santos: de San Ignacio, como acabamos de ver, y de tantos otros santos que se podrían citar<sup>(35)</sup>.

\* \* \*

Cristo vive en su Iglesia: y llama de continuo a los suyos. Su gracia está de continuo actuando, invitando suavemente, como sólo El sabe hacerlo, en su seguimiento.

Su Vicario en la tierra repite, en forma aún más sensible, ese mismo llamado, como "voz de alerta", como "grito de revolución".

La espiritualidad de San Ignacio está centrada en una opción fundamental, que es la respuesta dada al llamado de Cristo, cuando el alma se enfrenta con los dos campos, el de Jerusalén y el de Babilonia, con sus dos ejércitos dispuestos, y sus dos jefes en persona: Cristo y Satanás.

Y la actualidad de esta espiritualidad ignaciana radica precisamente en la necesidad peculiar de nuestro tiempo, que exige de cada alma el que haga, una vez por todas y cuanto antes, su opción: Cristo o Satanás.

<sup>32</sup> Cfr. R. LOMBARDI, *Pío XII por un mundo mejor*, Barcelona, 1955, pp. 60-61. El autor presenta los principales discursos de Su Santidad que se refieren al Movimiento por un Mundo Mejor, y los comenta brevemente.

<sup>33</sup> *I Ped.*, 5,8.

<sup>34</sup> *Efes.*, 6, 12.

<sup>35</sup> P. LUCIEN - MARIE DE ST. J. *Le démon dans l'oeuvre de saint Jean de la Croix*, pp. 86-97; M. LEPÉE, *Saint Thérèse de Jésus et le démon* pp. 98-106; ambos en *Satan* (Etudes Carmelitaines).

## A propósito de un símil astronómico usado por San Ignacio en la carta de la obediencia

Por JUAN A. BUSSOLINI, S. I.

Al tratar San Ignacio en su carta clásica de la Obediencia<sup>1</sup>, la obediencia de entendimiento, que es como el coronamiento del gran sacrificio que representa, obedecer sin reservarse el derecho de disentir del Superior, el Santo echa mano en favor de su necesidad para la perfección, de un argumento astronómico, al parecer caro para él mismo, pues de él ya ha hecho uso en dos oportunidades anteriores<sup>2</sup>. Dice así:

"Digo ser necesaria, porque como en los cuerpos celestes para que el inferior reciba el movimiento e influjo del superior, es menester le sea sujeto y subordinado con conveniencia y orden de un cuerpo a otro; así en el movimiento de una criatura racional por otra (cual se hace por la obediencia) es menester que la que es movida sea sujeta y subordinada para que reciba la influencia y virtud de la que mueve. Y esta sujeción y subordinación no se hace sin conformidad del entendimiento y voluntad del inferior al superior" (nº 10).

Cuando luego más adelante estudia el Santo la jerarquía de la obediencia, puntualizando que la misma es conveniente a todos, y que con el ejemplo, los superiores hagan sentir en sus súbditos su saludable influencia y prelación, dice:

"Y éste es el modo, con que suavemente dispone todas las cosas la Divina Providencia, reduciendo las cosas ínfimas por las medias, y las medias por las sumas a sus fines. Y así en los ángeles hay subordinación de una jerarquía a otra; en los cielos y en todos los movimientos corporales reducción de los inferiores a los superiores, y de los superiores, por su orden, hasta un supremo movimiento" (nº 20).

Los dos pasajes citados recuerdan a Santo Tomás y a Aristóteles; al primero cuando se refiere al orden moral, y al segundo cuando al orden físico:

"Y en las cosas naturales, dice Santo Tomás, precisamente las superiores mueven a las inferiores a sus actos por la excelencia de la virtud natural otorgada por la Divinidad. Por lo cual también es menester que en las cosas humanas las superiores muevan a las inferiores por su voluntad, en virtud de la autoridad acordada por Dios"<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> *Mont, Ign.*, Ser. 1, IV, 669-81.

<sup>2</sup> *Ibid.*, Ser. 1, I, 687-93; II, 54-65.

<sup>3</sup> *Summa Th.*, 2-2, q. 104, a. 1.

Y en otro lugar:

"Y en todos los motores ordenados es preciso que la virtud del segundo derive de la virtud del primero, porque el segundo no se mueve sino en cuanto es movido por el primero. Por lo cual en todos los gobernantes vemos lo mismo; que la razón del gobierno deriva del primer gobernante al segundo, como la razón de cuanto ha de hacerse en la ciudad deriva del rey mediante su mandato a los ministros inferiores"<sup>4</sup>.

Estas ideas con las que el Santo Doctor apunta que por medio de la obediencia la Divina Voluntad comunica su influjo y pone en movimiento las voluntades de los súbditos, San Ignacio las amplía algo más, razonando en ambos casos citados, con el mismo símil sideral. Este recordaría a Aristóteles, quien dice:

"De esta misma manera la Naturaleza Divina, con un solo y simplicísimo movimiento, envía su poder a las cosas que primeramente están cerca de Ella, y desde las primeras hasta las segundas, llegando su acción, finalmente hasta las que se encuentran distantes de la misma en el espacio; de modo que nada quede en el universo sin que sea totalmente regido y gobernado por su influencia. Así, pues, Dios primer móvil, pone en acción las cosas que están más cerca de sí, éstas a las inmediatas, y éstas a las demás, llegando hasta las últimas"<sup>5</sup>.

En posesión de estos textos, la modalidad de los de San Ignacio, en lo que respecta a su aplicación astronómica, nos llaman la atención.

En el primero de ellos, no sólo la expresión es científicamente correcta, sino que trasuntaría un cabal conocimiento de la compensación que Aristóteles introduce al esquema astronómico homocéntrico de Eudoxio, completado por Calipo. Estos hacían los diversos cielos que componían su sistema, independientes. Aristóteles empero, como filósofo deseoso de formar un todo armonioso que estuviera de acuerdo con los principios de su física, uno de los cuales era no admitir el vacío, sacrifica tal independencia absoluta de los diversos cielos, para que éstos, unos a otros, vayan componiendo sus movimientos y transmitiendo la resultante de los mismos desde el Primer Motor, colocado en el supremo de los cielos, hasta el ínfimo de ellos, o sea el de la órbita de la luna.

Pero, así como el primero de los textos estaría de acuerdo con el sentir astronómico de su tiempo, glosa al fin y al cabo de la Divina Comedia del Dante, cuando éste dice:

"Questi organi del mondo così vanno  
come tu vedi ormai, di grado in grado,  
che di su prendono e di sotto fanno",

sin embargo, el segundo, siempre considerado desde el punto de vista físico, parecería afirmar lo contrario<sup>6</sup>.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 1-2, q. 93, a. 3.

<sup>5</sup> *Aristóteles*, De Mundo, VI.

<sup>6</sup> Cuando San Ignacio y sus eruditos compañeros estudiaron en la Sorbona, aún no se conocía el sistema de Copérnico, y sí el de Peurbach y Fracastor, quienes prácticamente estropearon la belleza del sistema de las teorías homocéntricas de Eudoxio, Calipo y Aristóteles; quizás se aceptarían aún las ideas de Joannes de Sacrobosco, profesor que fuera de la misma Universidad, y que refrendan Santo Tomás y los partidarios de Tolomeo, salvo ligeras variantes.

No llamaríamos la atención de esta discrepancia, si no fuera que la versión latina, posterior a la original castellana, nos diera la expresión correcta: "...quorum conversiones ac motus ab uno movente supremo gradatim omnes usque ad infimos rite proveniunt", cuya traducción castellana no es precisamente: "...reducción de los inferiores a los superiores, y de los superiores, por su orden, hasta un supremo movimiento".

Se habría, pues, de admitir, que este segundo texto en castellano, fiel reproducción del de Polanco, es inexacto, no sólo desde el punto de vista astronómico, sino también si quiere reflejar el pensamiento de que el cumplimiento de la obediencia resulta más fácil para el súbdito si escalonadamente recibe como resultante una adecuada y prudente influencia desde arriba, que si desde abajo tiene que acomodar su voluntad y entendimiento a lo que se venga transmitiendo prudente o imprudentemente desde el supremo movimiento.

Pero, como del primer texto se deduce que el Santo autor de la carta no desconoce la teoría a que alude su símil astronómico, habrá de pensarse que la expresión del segundo, si bien castizamente elegante, no ha sido con felicidad redactada de acuerdo al sentir científico.

De notar es, además, que ediciones posteriores, como la alemana, dan la expresión correcta como la latina, mientras la lusitana, por ejemplo, reproduce la del original castellano.

Finalmente, si estudiada la cuestión que se plantea, por espíritus más inteligentes que el que subscribe, resultare ser correcta la expresión ignaciana, habrán de corregirse entonces la traducción latina y las que en las lenguas extranjeras tienen a aquella como pauta.

Sirva esta nota como humilde contribución científicoliteraria a los exégetas de la carta de la obediencia de San Ignacio.